

Los libros en Europa

Hombres en armas, Evelyn Waugh. Traducción y edición de Carlos Villar Flor. Cátedra, Madrid, 2004, 407 pp.

La guerra mundial, empezada en 1914 y terminada en 1945, con un armisticio que no llegó a ser la paz, ocupó vastamente la obra de Waugh. Baste recordar su título más conocido y aprobado, *Retorno a Brideshead*. Pero es en su trilogía de madurez, *Espada de honor*, donde aborda la segunda parte del conflicto como tema principal: la guerra como guerra de milicias, de culturas y de sociedades. *Hombres en armas* es la primera sección, a la que siguieron *Oficiales y caballeros* y *Rendición incondicional*.

La primera de las novelas, traducida con solidez y prologada con muy útil documentación por Villar Flor, describe los prolegómenos y las iniciales acciones de la guerra. Gente que no cree en la amenaza o vive como si no la creyera, que prolonga sus costumbres aun cuando el conflicto ha estallado, son descritas por Waugh con sutil morosidad de cronista, de psicólogo y

de enmascarado moralista. Conoce de cerca ese mundo elegante y condescendiente, con sus nobles arruinados y sus católicos excéntricos, sus problemas de conciencia religiosa y su ascetismo sexual, todo ello a punto de desmoronarse de modo bárbaro ante el bombardeo alemán.

Waugh fue un novelista clásico, nada seducido por insertos experimentales y apuestas técnicas. La gente que le interesaba novelar era demasiado parecida a la del siglo XIX como para meterse en novedades impertinentes. Su eficacia quedó asegurada y hoy, lejos de toda disputa sobre antiguos y modernos, podemos sumergirnos con sostenido interés en su lectura.

Padres e hijos, Iván Turguénev. Edición y traducción de Bela Martinova. Cátedra, Madrid, 2004, 304 pp.

Errante y afrancesado, Turguénev fue un ruso que miró a los suyos desde lejos y como un extranjero en Occidente. Talento aparte, el resultado es una obra

de económica sabiduría narrativa, comparable a la de sus coetáneos Flaubert, Hardy o Machado de Assis, más que a los arrebatos místicos de Dostoievski o a la envergadura épica de Tolstói.

En esta novela, como en *Aguas primaverales* y *Humo*, descuella el Turguénev psicólogo, capaz de describir al protagonista y su doble en la edad de la formación juvenil, derivando por distintos senderos amorosos, dirigidos hacia el matrimonio y la muerte. Comparable sutileza se despliega en la ambigüedad del amor y las diversas actitudes de la mujer ante él, desde la sumisión virginal hasta el manejo histérico de la viuda.

Aparentemente, el novelista nos describe dos hogares rusos del siglo XIX, entre la pequeña hidalguía y la no menos pequeña burguesía, con sus padres y sus hijos. Pero, en verdad, acaba trazando una parábola sobre el destino humano, que oscila entre la seguridad de las instituciones y la romántica seducción de la errancia. Justamente, en la exploración de estas contradicciones, se ve al buen psicólogo, capaz de convertir una presencia que no vemos, en un alma. Encarecer la maestría de Turguénev al definir los ritmos de la narración y la dinámica de los diálogos –virtudes que hoy nos parecen cinematográficas– resulta superfluo, aunque nunca sobra una excursión al país de los maestros.

Pasolini un delito italiano, Marco Tullio Giordano. Traducción de Eduardo Margareto Kohrmann. Ronsel, Barcelona, 2003, 395 pp.

El asesinato de Pier Paolo Pasolini en 1975 produjo una dura polémica en una Italia sacudida por el terrorismo anarquista y fascista, y por los intentos de golpe de Estado. Aunque los trámites judiciales terminaron con la condena de un chaperero, la discusión no se acaba de cerrar. El autor sostiene que la muerte de Pasolini fue un crimen político y que el escritor y director de cine fue víctima de una conjura de ultraderecha.

Que Pasolini amaba el riesgo de los bajos fondos y fantaseaba con ser mártir, a la manera de sus personajes sometidos a implacables torturas, no es ningún secreto. Pero Giordano observa que la investigación policial y judicial tiene lagunas sospechosas, y que los poderes no han querido llegar al fondo de los hechos, contentándose con una versión verosímil y falaz de las cosas.

La tesis del autor es que toda la sociedad italiana, por acción o por omisión, es históricamente responsable de este crimen, secuela enésima de la experiencia fascista. Los argumentos y el manejo de las fuentes documentales podrán convencer a unos y dejar incrédulos a otros, pero no carecen de asidero y permiten leer el libro como una novela negra. Hasta es legítimo ver en el

texto una suerte de relato pasoliniano en el cual, por fin, Pasolini se encuentra consigo mismo en una ficción urdida más allá de su propia muerte.

Derivas del discurso capitalista. Notas sobre psicoanálisis y política, Jorge Alemán. Miguel Gómez Ediciones, Málaga, 2004, 101 pp.

A pesar de recoger intervenciones y apuntes sueltos, el libro del psicoanalista argentino Alemán cobra coherencia gracias a las tensiones insistentes que lo organizan: buscar la coincidencia entre el psicoanálisis (en especial: Lacan) y las filosofías de la existencia de Heidegger —si se lo admite como existencialista— y Sartre, además de seguir la pista analítica de una posible revivificación del pensamiento de izquierda.

La búsqueda gira en torno a una definición abierta del ser humano: un ser injustificable e inexcusable, todas cuyas justificaciones y excusas son de mala fe y cuya única opción de libertad es admitir la angustia de una existencia que carece de sostén. El hombre existe, esencialmente, porque le falta el ser o allí donde no hay ser. El deseo omnívoro, que más percibe lo que no tiene cuanto más adquiere, apunta a lo mismo desde el psicoanálisis: la imposibilidad de ser hace a la posibilidad de existir.

El mejor aporte del texto es este diálogo, a menudo censurado, entre psicoanálisis y filosofía. De aquí parte la inquietud política de las reflexiones propuestas. La mundialización del objeto técnico, gran logro del capitalismo industrial y postindustrial, no ha conseguido, sin embargo, establecer una civilización mundial. La respuesta es el rebrote de los nacionalismos y los integristas religiosos, cuya concepción de la subjetividad es la captación de sí misma como absoluta, alguien para quien nada es imposible y, en consecuencia, la evacuación de la verdad como superflua.

El libro, en parte, es una conversación con Judith Miller. Esta situación señala el propósito dialógico de Alemán: quien conversa consigo mismo, conversa con el otro y muestra al lector el lugar de otra doble conversación, del lector con el texto y del lector consigo mismo, es decir como resultado de la lectura.

Nihilismo y emancipación. Ética, política y derecho, Gianni Vattimo. *Compilación de Santiago Zabala. Traducción de Carmen Revilla. Paidós, Barcelona, 2004, 198 pp.*

Excelente historiador de las ideas, Vattimo es acucioso y vacilante cuando intenta filosofar. Sus

ensayos de constituir una suerte de doctrina de la posmodernidad que se independice de la metafísica, la modernidad, el progreso, Dios vivo o muerto, el peso de la historia como destino, la identidad, la subjetividad, la objetividad y demás categorías clásicas, lo conduce a no independizarse de Nietzsche y de Heidegger, hipotecas no menos onerosas que las anteriores.

Si se admite que la metafísica ha muerto junto con Dios y la historia, y que Occidente vive o sobrevive en su ocaso, nos quedan dos principales caminos a seguir: compensar la debilidad occidental con la fortaleza de los fundamentalismos orientales o su versión vacua en el nihilismo, o esbozar una nueva salida a las antinomias del pasado, quedándonos en Occidente, sin ir más lejos.

Es lo que le ocurre a Vattimo en estos artículos que, como todos los suyos, son ágiles de leer, ordenados y didácticos. Cuando invoca a Nietzsche y a Heidegger, fatalmente, está haciendo historia. Cuando sostiene que la ética no ha de ser trascendente ni dogmática sino situacional, vamos de Hegel a Sartre. Cuando sostiene la epistemología de la debilidad, suprimiendo todo fundamento, lo sustituye por un punto de partida, que es lo mismo. Finalmente, lo que propone es una modernidad suave, tolerante, democrática, *light*,

cercana a cierto cristianismo secularizado. Y si de modernidad se trata, por más que sea posmoderna, estamos en la historia, invento eurocéntrico, occidental y hasta un poco cristiano.

Ya, hace un siglo largo, le pasó algo similar a Nietzsche. Proclamó la muerte de Dios y, con ella, la derogación de toda verdad. A renglón seguido se preguntó: ¿será verdad lo que estoy diciendo? El lenguaje le contestó que sí, con lo que concluyó don Fritz: mientras haya gramática, habrá Dios.

Natalie Barney. Corazón indómito, *Suzanne Rodríguez. Traducción de Beatriz López-Buisán. Circe, Barcelona, 2004, 485 pp.*

Escritora de modestos alcances, personaje subrayadísimo, vida extensa, cercana al siglo (1876-1972), la norteamericana Barney recorre y ejemplifica el París que va desde la caída de Napoleón III hasta la muerte de De Gaulle. Heredera riquísima, dedicó sus rentas a establecer un salón con liturgia propia, un masónico Templo de la Amistad en pleno Saint-Germain-des-Près, por el cual, durante sesenta años, desfilaron todos los nombres del Gotha le-